

amor, donde se emplea a fondo—valga la expresión—lo más íntimo, lo más personal del poeta. El lírico elevado, absorto en la contemplación del objeto, exultante, cuida de que suenen bien las cuerdas de su corazón, las voces de su garganta, los aplausos de sus manos. No le importa precisamente que el aplauso preceda al grito, ni que el grito suceda al latido, ni que mutuamente se den el paso. Incluso a veces le pasarán enteramente desapercibidos los detalles del orden y de la concatenación. Vale aquí decir que el entusiasmo le ciega.

En suma, el lírico no pretende la concatenación directa interna de los elementos entre sí. Más bien la rehúsa. Incluso a veces la ignora. De aquí los llamados «saltos líricos». Otro tanto, y con mayor razón, hay que decir de cualquier concatenación externa, manifestación—y sólo manifestación—de la interna.

Cualquiera puede hacer la aplicación de todo esto al caso particular de la oda pindárica, arrebatada de lírica inspiración. Creemos verá justificadas nuestras afirmaciones y explicadas con ellas las deficiencias de la concatenación. Explicadas desde la oda misma, desde su ser literario, desde la lírica, no desde ciertos comodines subsidiarios. Explicadas, no como defectos, sino más bien como virtudes estéticas de la oda. Sean lunares, si se quiere, pero lunares expresivos de belleza lírica. Pero, además no serán tantas las deficiencias, si nos contentamos con exigir a Píndaro la concatenación directa interna de los elementos con la ideal principal y la indirecta interna de los mismos entre sí. Si nos limitamos a esto, lo único al parecer necesario, tenemos que sentar la siguiente afirmación, respondiendo a la primera pregunta del problema: existe la suficiente concatenación entre todos los elementos de la oda pindárica.

Píndaro sin duda, cuando compone, cree estar entre la multitud que contempla en el estadio, en el hipódromo. El es un espectador de tantos. Está enardecido. Su mirada brilla. Aplaude. Aclama. Tal vez de pasada, hace alguna observación. Grita. Son voces sin ilación, porque los ojos se los lleva tras sí la velocidad de los atletas. Ha triunfado el mejor. Luego, el júbilo, el comentario, la moraleja, pronósticos, consejos y votos para el futuro en todos los corrillos. Píndaro está ahí. Se pone en pie, levanta una copa de vino lébico entre sus dedos y exclama: Brindo por el vencedor. Esta copa de vino rutilante—son palabras del mismo Píndaro (Ol. VII. 1-10) es una oda triunfal.

JOAQUIN REGODON MARIN



El pañuelo y el beso

I

¡Cómo pasa el tiempo... ¿Te acuerdas María,
de la zarza que está junto al pozo
cuando t'esperaba para dil al baile
que en la plaza jicimos los mozos
que fué asina como despedía,
porque pa la guerra
fuímos unos pocos
y te dije... Te traigo un pañuelo,
con muchos raminos de flores y antojos
que merqué cuando estuve en Valencia
en un estalache que llaman del «Monjo»?

Pa que te pusiesis asina de guapa
y yo te mirasi poniéndome tonto.

¿Y de las cartinas que tu m'escribías
por conduto de Julián el «Sordo»
que en el pueblo es la cencia supiendo
cosinas bonitas de queeles jondos?

Y cuando aquel día en cá de mi madre,
—cuando aquel permiso que me supo a poco—
que me dijo mu seria, mu seria:

¡Qué ganinas tengo
que os licencien pronto
y te casis, ¿me oyis?, te casis,
pa tené un nietino. .
que yo estoy mu sola
y es mucho abandono

y m'alegre un poquino la vida
y se mire su agüela en sus ojos...

¡Te pusistes más coloraina
que aquellos raminos de flores y antojos
del pañuelo que merqué en Valencia
en el estalache que llaman del «Monjo»!

II

Yo estaba mu lejos...
y senti el estrozo
y el roel d'esa cosa tan jonda
que sienten los hijos al quearse solos,
¡y no tuve ni siquiá el consuelo
de cerrali a mi madre los ojos!

III

Angelino mío, cuando estemos drento
aonde yo te diga, ¡pega un beso juerte!
¡Si supiésis como te quería
la agüela que nunca llegó a conocete!
Tú... no habías nació,
yo... estaba en el frente,
y llamando a los dambos se fué d'este mundo...
pero, ¿tú que entiéndis
si no sabis de penas ahora?
Pero escucha chiquino,
se llevó dos cosas...
Un pañuelo que tapó su cara
lleno de raminos con pintinas verdes
y lo que tu madri en tu nombre le puso
¡un beso en la frente...!

ISIDRO MELARA BERROCAL



Voces y expresiones viciosas

Influir sí, influenciar no



COMO el verbo expresa existencia, estado, pasión, movimiento, función, etc., es natural que

en aquellas épocas en que los hombres se muestran más activos, dinámicos y batalladores en pro del adelanto social, aumente considerablemente la prolificencia de esta parte de la oración.

El lenguaje es el más poderoso elemento auxiliar del hombre. Despojad con el pensamiento a éste de aquél y veréis cómo se oscurece el día, sin la esperanza de que el sol del saber humano vuelva a brillar esplendorosamente. Por algo afirmó Max Muller que el lenguaje es el Rubicón que separa al hombre del animal. Y aunque habría mucho que decir de esta frase si nos detuviéramos a considerarla en todo su alcance o significación, viene como anillo al dedo para evidenciar la importancia de este vehículo de las ideas y de los sentimientos.

Multa renascentur... observó Horacio en su *Epístola a los Pisones*; y Don Tomás de Iriarte, tradujo así al poeta latino:

¿Habrá algún envidioso que me impida
aumentar ciertas voces a mi idioma,
después que Enio y Catón enriquecieron
el lenguaje de Roma
y nuevos nombres a las cosas dieron? (1)

Ponerle puertas al lenguaje, y clavetearlas para que no penetre en él ninguna voz forastera o de nuevo cuño, es tan risible y tan inútil como ponérselas al campo. Pero la lengua, como el vino, como la moneda, cuanto más viejos, como la fruta, cuanto más madura, como el aire, cuanto más puro, más valor tiene. Esto no quiere decir que sea partidario de los arcaísmos, que equivaldría a andar por ahí de golilla, calzas o gregüescos, pero siempre será más correcto escribir resolver que *solucionar*, obstruir, entorpecer, embarazar o

(1) *El arte poética de Horacio*, traducida en verso castellano, por D. Tomás de Iriarte. (Madrid, MDCCLXXVII).